



TEORIA DEL AMOR

Décimo Novena Entrega

SEGUNDA PARTE EXTRACTOS DEUS CARITAS EST

JUSTIFICACION de esta segunda parte de la Encíclica Papal: En la entre quinceava (quince), numeral 3 de la Encíclica Deus Caritas Est, quedó planteada la pregunta de si la Iglesia había rechazado o envenenado el EROS. Ahora Benedicto XVI a partir del numeral 5 del citado documento, presenta la respuesta a dicho interrogante así:

5. **Entre el amor y lo divino existe una cierta relación:** el amor, promete infinitud, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana. Pero, al mismo tiempo, el camino para lograr esta meta no consiste simplemente en dejarse dominar por el instinto (Eros). Hace falta una purificación y maduración, que incluyen también la renuncia. **Esto no es rechazar el eros ni «envenenarlo»**, sino sanarlo para que alcance su verdadera grandeza.

Esto depende de la constitución del ser humano, compuesto de cuerpo y alma. **El hombre es realmente el mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima;** el desafío del eros puede considerarse superado cuando se logra esta unificación.

- Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, **espíritu y cuerpo perderían su dignidad.** Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, **malogra igualmente su grandeza.** El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: « ¡Oh Alma! ». Y Descartes replicó: « ¡Oh Carne! ». **Pero ni la carne ni el espíritu aman:** es el hombre, la persona, **la que ama como criatura unitaria, cuerpo y el alma.** Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor (el eros) puede madurar hasta su verdadera grandeza.

Hoy se reprocha al cristianismo haber sido adversario de la corporeidad. El eros, degradado a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía. Éste no es el gran sí del hombre a su cuerpo. Por el contrario, de este modo considera el cuerpo y la sexualidad solamente como la parte material de su ser, para emplearla y explotarla de modo calculador. Nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano, que ya no está integrado en el conjunto de la libertad de nuestra existencia, sino que es relegado a lo puramente biológico. La aparente exaltación del cuerpo puede convertirse muy pronto en odio a la corporeidad. La fe cristiana, por el contrario, ha considerado siempre al hombre como **UNO** en cuerpo y alma, en el cual espíritu y materia se compenetrán recíprocamente, adquiriendo ambos, precisamente así, una nueva nobleza.

7. Nuestras reflexiones sobre la esencia del amor, inicialmente bastante filosóficas, nos han llevado por su propio dinamismo hasta la fe bíblica. Al comienzo se ha planteado la cuestión de si, bajo los significados de la palabra amor, diferentes e incluso opuestos, subyace alguna unidad profunda o, por el contrario, han de permanecer separados, uno paralelo al otro.



PARROQUIA
NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO



- Pero, sobre todo, ha surgido la cuestión de si el mensaje sobre el amor que nos han transmitido la Biblia y la Tradición de la Iglesia tiene algo que ver con la común experiencia humana del amor, o más bien se opone a ella. A este propósito, nos hemos encontrado con las dos palabras fundamentales: **EROS** como término para el amor « mundano » y **ÁGAPE** como denominación del amor fundado en la fe y plasmado por ella. Con frecuencia, ambas se contraponen, una como amor « ascendente », y como amor « descendente » la otra.

En el debate filosófico y teológico, estas distinciones se han radicalizado hasta el punto de contraponerse entre sí: lo típicamente cristiano sería el **AMOR DESCENDENTE**, oblativo, *el ágape precisamente*; la cultura no cristiana, por el contrario, sobre todo la griega, se caracterizaría por el **AMOR ASCENDENTE**, vehemente y posesivo, *es decir, el eros*. Si se llevara al extremo este antagonismo, la esencia del cristianismo quedaría desvinculada de las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana y constituiría un mundo del todo singular, que tal vez podría considerarse admirable, pero netamente apartado del conjunto de la vida humana. En realidad, eros y ágape (amor ascendente y amor descendente) **nunca llegan a separarse completamente**. Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general. Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente —fascinación por la gran promesa de felicidad—, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará « ser para » el otro.

Así, el momento del ágape se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa y pierde también su propia naturaleza. Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. **No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir**. Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto —como nos dice el Señor— que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (Jn 19, 34).

- Feliz Navidad para todos los lectores y sus familias. Hasta la próxima entrega. Hernando Flórez Torres, Coordinador Pastoral N. S.: del Tránsito. Abrazos y que el Niño Dios los proteja.